
El costo del descanso

*Weverton Castro*¹

Introducción

En la Biblia se lo describe a David como hombre según el corazón de Dios (1 Samuel 13:14). Pero su vida estuvo marcada por altibajos, con momentos de victoria, y de fracasos; de intensa consagración y de completa depravación.

Ante tantos capítulos distintos, su vida se levanta como una prueba de que, en el trayecto espiritual, las caídas no necesitan definir el destino de una persona. Ante sus tropiezos, David aprendió a aferrarse a la mano de Dios y levantarse del pozo de pecado, en procura de un nuevo comienzo.

David y Saúl

Los dos primeros reyes de Israel son dos paradigmas para la vida cristiana. Tanto Saúl como David fueron escogidos por Dios, fueron ungidos por el profeta, recibieron el Espíritu Santo, triunfaron en batallas y cometieron diversos errores graves. Historias tan semejantes tomaron rumbos diferentes debido a una diferencia entre ambos en lo que respecta a la capacidad de reconocer las propias fallas y buscar la ayuda divina.

Saúl, luego de sus errores, siempre procuró un modo de justificarse. En el episodio en el que hizo sacrificios sin la autorización divina, al ser reprendido por Samuel, se justificó acusando como motivo de su error al atraso del profeta (1 Samuel 13). En otro episodio, en el que debió haber destruido a todos los amalecitas, incluyendo los animales, Saúl salvó la vida del rey y permitió que los soldados israelitas tomaran animales como botín. Nuevamente, al ser confrontado, en vez de reconocer su error, se justificó afirmando que sus decisiones estaban de acuerdo con la voluntad de Dios (1 Samuel 15).

David también se equivocó, y mucho. Tal vez su pecado más grave haya sido el adulterio con Betsabé, seguido del asesinato de Urías, el esposo. Así como el primer rey, David también recibió la visita de un profeta que le comunicó el desagrado de Dios ante sus decisiones equivocadas. En ese momento se reveló la diferencia entre

¹ Pastor y profesor de Teología en el Seminario de la Facultad Adventista de Amazonia. Graduado en Teología y Filosofía, posee maestrías en Interpretación Bíblica y en Ciencias de la Religión. Actualmente está cursando del doctorado en Educación Religiosa en la Universidad Andrews.

ambos monarcas. David no se justificó, ni minimizó sus errores. Su primera declaración fue: “Pequé contra Jehová” (2 Samuel 12:13).²

El Salmo 51 fue escrito en el contexto del arrepentimiento de David con respecto a su pecado con Betsabé. En todo el cántico, es posible notar cómo el rey derrama su corazón delante de Dios, reconociendo profundamente su pecaminosidad y clamando por misericordia. Sin excusas, justificativos o falsedades, el monarca pecador asumió su culpa y no huyó de las consecuencias de su terrible error. A causa de su valentía en abrir el corazón al arrepentimiento, David se convirtió en un símbolo de un nuevo inicio en la trayectoria espiritual de una persona.

Un corazón puro

El versículo 10 del Salmo 51 declara: “¡Crea en mí, Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí!”.

El verbo crear (hebreo *bara*) es el mismo que aparece en el primer versículo de la Biblia al describir a Dios creando el planeta Tierra. Algo curioso en este verbo es que en todas las ocasiones en las que aparece en la Biblia, sólo Dios es el sujeto de la acción. O sea, sólo Dios *bara*. Cuando el ser humano crea alguna cosa, la lengua hebrea se vale de otros verbos.

La creación de Dios es diferente, pues Él es el único que puede crear a partir de la nada. En cierto modo, David escogió justamente este verbo para referirse al tipo de cambio que sólo Dios podía hacer en su vida. Una renovación sobrenatural, la cual ningún ser humano podría realizar.

Otro aspecto importante es que en su oración no sólo pidió el perdón, sino también la liberación del pecado. El no deseaba meramente librarse de la culpa, sino que clamó por purificación. Este aspecto de su oración apunta a la necesidad de la santificación, la cual es un proceso que abarca la vida entera.

El gozo de la salvación

El Salmo 51 contiene otro texto que me llama mucho la atención. En el versículo 12, David declaró: “Devuélveme el gozo de tu salvación...”.

Si entendemos este pasaje como una respuesta al sentimiento de David, luego del adulterio con Betsabé, notamos que, en su búsqueda del placer pecaminoso, David perdió el gozo verdadero. Esa es la incoherencia del pecado: se presenta como una senda rutilante que conduce al placer pleno, pero sus luces sólo esconden el mundo sombrío, triste y solitario que se encuentra al fin del trayecto.

Pienso en Cracolandia, un sector del centro de la gran ciudad de San Pablo, en la cual hay personas en situación de calle, cuya cantidad se estima en unas 1680 personas,

² En este comentario, las citas bíblicas están tomadas de la Sagrada Biblia, versión Reina-Valera, revisión de 1995 (RVR95) [Nota del Traductor]

entre las cuales la mayoría son dependientes de sustancias y traficantes, generalmente de crack. Un vistazo a lugares como este revela el triste fin de aquellos individuos que se autodestruyen en el loco camino en busca de los placeres ofrecidos por el pecado.

La oración de confesión de David revela que la salvación es el ingrediente capaz de restaurar el gozo genuino que el pecado ha quitado. En el versículo 8, encontramos también su anhelo por satisfacción interior: “Hazme oír gozo y alegría, y se recrearán los huesos que has abatido” (Salmo 51:8).

Si pensamos en la vida de David, notaremos que aún un monarca, viviendo en la comodidad de su palacio, no tenía paz en el corazón, pues la culpa y la vergüenza de su pecado le traían sufrimiento al corazón. Esto muestra que todas las riquezas de este mundo no pueden traerse a un ser humano el gozo celestial que sólo un salvado puede experimentar.

Pecador por naturaleza

En su confesión, David señala una realidad sobre el pecado que va mucho más allá de nuestras acciones, y que llega al nivel de nuestra esencia, nuestra naturaleza. En el versículo 5, dijo: “En maldad he sido formado, y pecado me concibió mi madre”.

El texto apunta al real problema del pecador: su naturaleza. O sea, no somos pecadores porque pecamos, sino pecamos porque somos pecadores. Una ilustración bien sencilla nos ayuda a entender esta cuestión, y parte de un interrogante simple: Un perro, ¿ladra porque es perro, o es perro porque ladra? En otras palabras, un perro que deja de ladrar, ¿continúa siendo perro? La respuesta es “¡Sí!” No es el ladrido lo que hace que un perro sea perro. Él es perro por su naturaleza. Y porque es perro, manifiesta lo que es a través de su ladrido.

Extrapolando este mismo principio a la vida espiritual, un pecador no es pecador porque peca, sino peca porque es pecador. O sea, aunque fuera posible que un pecador deje de pecar (practicar actos pecaminosos), continuaría siendo pecador, pues su naturaleza es de pecador.

Así, la solución para nuestro problema real no está en el nivel de las acciones, de lo que hacemos o dejamos de hacer, sino que está en un nivel más profundo. Necesitamos una renovación de vida, lo que la Biblia llama *conversión*. Y es justamente esa completa transformación por la que David clamó en su oración de confesión.

Weverton Castro
Profesor de Teología
Facultad Adventista de Amazonia
(Brasil)



Traducción: Rolando Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©
www.escuela-sabatica.com